

grimas, que le harán ver que no se desprecia impunemente á hombres de mi temple. Y Rossi entró á su casa, halagado con la esperanza de la cantidad que debia hacer su fortuna, y con la idea de su próxima venganza.

CAPITULO XV

Contrarios y caballeros.

Dejemos por un momento al preso, y á Pilar en direccion á la Acordada, y trasladémonos á las asperezas del Sur, para seguir los acontecimientos que tuvieron lugar entre Miguel y los que le perseguian.

Miguel, acompañado del leal indio Pablo, al verse dentro de la casa cuya puerta le habia abierto Juana, subió precipitadamente la escalera, con intencion de ganar la azotea, y defenderse allí hasta morir. Ya habian atravesado el corredor, cuando al cruzar por una espaciosa pieza donde apenas penetraba la luz por hallarse las venta-

nas entornadas, detuvo sus pasos una exclamacion lanzada á muy corta distancia.

Miguel y Pablo fijaron entonces la vista en el sitio de donde aquella sábia, y vieron á una mujer sentada en un sillón, que les miraba entre asustada y melancólica, pero sin fuerzas para moverse del lugar que ocupaba. En su faz, pálida como la de un cadáver, pero dulce como la de los ángeles, brillaban dos ojos negros, que expresaban la conformidad del justo en los padecimientos que el cielo envía á los mortales para premiar sus virtudes. Un traje oscuro envolvía su flexible cuerpo, que á pesar del estado de postracion en que se encontraba, permitia conocer su esbeltez y bellas formas. Sobre una mesa pequeña que á su lado tenia, se veia abierto el Año Cristiano, cuyas páginas aún estaban humedecidas por las lágrimas que sobre ellas habia vertido aquella interesante mujer que, velada en la media luz que iluminaba la estancia, apoyada su lánguida cabeza sobre la blanca mano, cuyo codo descansaba sobre la mesa, entreabiertos sus finísimos labios para ex-

halar mil tiernos supiros, y suelta su negra cabellera sobre el ebúrneo cuello en que llevaba una cruz de oro en una cinta negra, semejava el misterioso ángel de las tumbas, cuidando el sueño de los muertos.

Todo era pavoroso en aquel sitio.

El aspecto que presentaban aquellas descascaradas paredes, y las altas ventanas defendidas por gruesas rejas de fierro, semejaban mas el de una estrecha prision, que la pieza destinada á una mujer distinguida.

En un rincon de aquel lúgubre cuarto, se descubria un humilde lecho sin pabellones, cubierto con una honesta sobrecama de indiana de fondo café y flores blancas, y un usado tapete donde colocar los piés al levantarse.

A la cabecera de este pobre lecho, se veia una pila de cristal con agua bendita, y un cuadro representando á la Santísima Trinidad.

En otro de los ángulos de la estancia, y sobre una rinconera oscura, ardia una agonizante veladora que alumbraba la imagen de la Virgen de la Soledad.

A los piés de la cama estaba colocada una mesita de pino sin pintar, donde descansaba una ordinaria aljofaina de tosco barro, una jarra de igual materia, y una toalla que estaba en armonía con ambos objetos.

Miguel y Pablo dejaron escapar un grito de sorpresa á la vista de aquel sér que encontraban en su marcha, y cuya belleza formaba pronunciado contraste con el sitio de sombras y de oscuridad que parecia su tumba.

La jóven hizo entonces un movimiento para levantarse, pero le faltaron las fuerzas, y volvió á quedar sentada.

Miguel fijó sus ojos en aquel rostro en que reflejaba en tan angustioso momento, uno de los débiles rayos del astro benéfico del dia que dudaba penetrar por las altas ventanas del sombrío aposento.

Aquel rayo de luz bañó suave y delicadamente las finisimas facciones de un rostro pálido como el blanco lirio al despedirse la última luz crepuscular, pero tan suave como sus perfumes, y tan dulee y tranqui-

como el de una santa que ve en sus padecimientos los benéficos agentes que le abren al alma sin mancilla las brillantes puertas de la gloria.

Miguel se estremeció al encontrarse su mirada con la mirada melancólica, pero penetrante de aquel sér que, á su vez, se estremeció tambien, pero no de terror, sino de esperanza, como el acongojado náufrago se estremece de placer al descubrir en medio de los abismos de los mares el faro que le señala el puerto consolador.

La presencia de Miguel acabó de robar al apacible semblante de aquella mujer la última gota de carmin que se asomaba de vez en cuando á sus mejillas, mientras la suya precipitó por las venas de nuestro jóven el curso de su sangre.

Miguel sintió en su corazon el duro torcedor del remordimiento, al ver retratadas la tristeza y la resignacion de los ángeles en aquel rostro tranquilo y macilento en que Dios se habia esmerado en colocar en sus dias de ventura los dulces colores de

la naciente rosa, la pureza de los ángeles y la sonrisa celestial de los bienaventurados.

En aquella frente, velada entonces por la melancolía que imprimen los pesares, habia visto brillar, arrobado de amor y de felicidad, un resplandor divino, como la nítida aureola de divinos resplandores que circuye la frente de los santos, y en sus bellísimos ojos la tranquilidad, el amor y la sonrisa de los justos.

¿Qué se habian hecho, pues, de tantos tesoros de hermosura? ¿Qué se habia hecho de aquella sonrisa virginal que vagaba en otro tiempo como el aura entre las flores, por sus nacarados labios, entonces secos y blancos como el hielo de los rios?

¿Qué se habia hecho de la dulce mirada de aquellos negros y grandes ojos, amortiguados entonces por las brillantes lágrimas que brotaba el dolor, y que temblaban en sus prolongadas pestañas, como otras tantas gotas de rocío sobre las hojas de la candida azucena?

Todo ha desaparecido bajo la opresion de los pesares.

Los pesares son al corazon, lo que el granizo destructor á las plantas.

No destruye completamente su vida, pero les roba el delicioso jugo que comunicaba á sus hojas la frescura, la flexibilidad y la lozanía que las hacia interesantes.

La luz del sol comunica á las oscilantes nubes, tras las cuales se oculta, sus brillantes colores, su vida, su fuego, su hermosura; pero cuando desaparece, el cielo queda triste, sombrío y pavoroso.

La alegría, la tranquilidad y las consideraciones son el sol del alma; cuando huyen de ella, el semblante del desgraciado participa del luto del corazon que ha muerto para la felicidad.

El alma de aquella mujer debia ser sin duda, á juzgar por la tristeza que velaba su semblante, un sol sin brillo y sin calor, cuyos tristes rayos se marcaban en la pálida frente y en la sonrisa melancólica que vagaba en sus secos labios.

Miguel, arrastrado de un sentimiento generoso, y queriendo borrar las huellas del dolor que habian impreso en aquella celes-

ñal fisonomía su imprudencia y su inconsiderado amor, corrió hácia ella pronunciando este nombre.

—¡Luisa.... Luisa.....!

—¡Y mi hijo....?

Preguntó con lánguida voz la jóven, dirigiendo la vista á Pablo que se habia acercado.

—Vive, y le abrazarás pronto.

—¡Vive!....

Exclamó Luisa trasportada de gozo. Y como si el exceso del placer hubiera acabado de agotar sus pocas fuerzas, quedó sin poder pronunciar otra palabra, inundada de una superabundancia de felicidad, que solo en la gloria es dado disfrutar.

Miguel quedó sorprendido de la mutacion que se habia operado en el semblante de aquella mujer á quien tanto habia hecho padecer por su amor.

¿Era aquella la alegre jóven en cuyas mejillas y delicados labios se ostentó en otro tiempo el nacarado tinte de la fragante rosa?....

—¡Desgraciada!....—pensó—¡cuánto ha

sufrido por mi causa!.... ¡Ah!.... soy un monstruo!....

Luisa, pasado aquel instante de agradable sorpresa que habia suspendido el ejercicio de todas sus facultades, excepto la del dulce sentimiento de madre, y dando entrada á la alegría y á la esperanza de que se habia despedido para siempre, exclamó con el acento mas vehemente y apasionado.

—¡Ah!.... ¡y dónde, dónde está el hijo de mis entrañas?.... ¡Me le traeis, no es verdad?.... ¡Ah!.... Miguel, yo os perdono todo lo que me habeis hecho sufrir.... sí, yo os lo perdono; pero ¿dónde está mi hijo?.... no me retardeis por mas tiempo el placer de abrazarle.... de cubrirle de besos!....

—Luisa, está muy cerca de aquí.

Contestó Miguel, sin atreverse á deshacer el encanto de aquella afligida madre.

—Pero ¿por qué me lo ocultais...? ¿está malo?... ¡Ah!.... no le hace: traédmele al punto... el cariño de una madre es la mejor medicina de los hijos.

—Pero esperad, Luisa, esperad...

—¡Esperar...! ¡Ah...! he esperado tanto...!

Pero sí... decís bien...—dijo reflexionando un momento y volviendo á su natural tristeza:—es preciso esperar... me habeis hecho aparecer criminal á los ojos de mi marido... habeis hecho caer su odio sobre ese ángel á quien juzga fruto de ilícitos amores... y no debe entrar bajo el techo que respiran sus padres, hasta que la desventurada mujer que le dió la vida no vuelva á aparecer á los ojos de su esposo tan pura y virtuosa como el día en que se unió á él.

—Y aparecereis, Luisa—exclamó Miguel conmovido por el dolor de aquella mujer que amaba:—aparecereis impecable como los ángeles.... yo os lo aseguro: yo os lo juro....

Luisa iba á contestar, cuando se oyeron en la calle los gritos de la soldadesca, y dentro del edificio el ruido de varias personas armadas que se acercaban, y la voz de Fernando que decía.

—¿Dónde se oculta ese infame?

—¡Gran Dios... mi esposo...! ¡eres perdido...! huye, huye.

Exclamó Luisa aterrada.

—De ninguna manera; yo no salgo de aquí dejándote entregada al furor de tu esposo, cuyo maltrato leo en tu rostro y en la soledad que te rodea.

—¡Huye!... ¡te lo pido por mi hijo...! vive para cuidar de él, ya que me le arrebataste!

—No, Luisa... no me acuses de ese crimen... no fuí yo quien dispuse ese golpe terrible contra tu tierno corazón... fué el mal entendido cariño de un leal criado que me veía morir de tristeza.

—Bien... bien, te creo... pero huye por lo mismo para que no quede abandonado.

Miguel iba á obedecer; pero le fué ya imposible; en aquel mismo instante penetraba en la pieza, lleno de ira, Fernando, con la espada desnuda y seguido de multitud de pintos.

—Vas á morir á mis manos.

Gritó con rabia, dirigiéndose á Miguel, que se dispuso á defenderse con la suya.

Pablo tendió el fusil para dispararlo sobre el terrible adversario de su amo; pero

éste le levantó el fusil con su espada para que no hiriese á su rival, y el tiro fué á dar en el techo.

Luisa al escuehar la explosion, creyó muerto á Fernando, y cayó sin sentido.

—¿Quiere vd. usar de generosidad para que nosotros la usemos con vd?

Dijo Fernando sintiendo el rasgo hidalgo de su contrario.

—Nada de eso: es que no me gusta vencer con ventaja de mis enemigos.

—Igual cosa me sucede á mí.

—¡Muera Miguel!

Gritó Rossi tratando de dar conclusion á aquella escena. Los pintos se prepararon á obedecerle; pero Fernando, no queriendo aparecer menos caballero que su antagonista, les prohibió hacer uso de las armas, diciendo.

—Nadie le toque: tengo empeño en vencerle yo solo.

Los pintos obedecieron.

—En ese caso, salgamos á un sitio conveniente, porque antes de que uno de los dos

muera, tengo que decirle á vd. algunas palabras.

—Salgamos.

Contestó Fernando marchando hácia la calle.

—¿Y yo no voy con su merced?

Preguntó Pablo temiendo una traicion de Rossi.

—No: tú quedas aquí como prisionero de guerra. Si muero y te dejan libre, te ruego sirvas á María con la lealtad que á mí.

Fernando, despues de salir á la calle, mandó á Rossi y sus soldados que no le siguieran, y poco despues se dirigia hácia un bosque, sediento de la sangre de su rival, que marchaba sereno á su lado.

Pablo quedó con el corazon oprimido de pena, queriendo ocultar las lágrimas que le arrancaba el presentimiento de no volver á ver á su amo.

Juana que, desde el instante del desmayo de su señora, habia acudido á socorrerla, hacia cuantos esfuerzos eran imaginables para volverla el conocimiento.

En este estado de ansiedad y de amargu-

ra estaban todos, cuando se presentó, lleno de agitación y respirando con dificultad, Fernando.

Pablo, al verle, se estremeció de terror, juzgando muerto á Miguel.

El esposo de Luisa, sin cuidarse de nada y asiéndole del brazo, le llevó á un extremo del cuarto, le dijo algunas palabras al oído, y poco después el indio, lleno de ansiedad y de inquietud, salia de la poblacion con direccion á México.

CAPITULO XVI.

Una picalugada.

Pocos dias despues de la entrevista de Rossi con el ministro de guerra Facio, Picaluga recibió la carta de su digno pariente en que le ponía estas palabras: hazlo, con otras instrucciones convenidas entre los dos por determinadas señales, las cuales indicaban el sitio y la manera de cobrar la suma; que por premio á su infamia debian percibir una vez entregado el personaje que tantos beneficios habia dispensado á aquellos dos ingratos y pérfidos extrangeros.

Quien haya vivido en aquel país dondè sus hijos son modelo de moderacion y de